
La administración de la desconfianza

Santiago Yarcho Coscarelli 28*

Sin perjuicio del inquilino de turno en el despacho oval, la política estadounidense se encuentra en un estado generalizado de incertidumbre y desconfianza que se propaga lenta, pero constantemente a partir de las décadas de los 70's y 80's. A través de estos años, coronados por el término de la guerra fría, se dieron una serie de procesos a nivel social, político y económico que, aún después de que Estados Unidos se elevare al status de súper potencia única, tuvieron un costo que se proyectaría con creciente intensidad una vez evaporado el triunfalismo de los 90's. Pese a los esfuerzos intelectuales de los think tanks en conceptualizar un "Nuevo Siglo Estadounidense", el hegemon solitario atravesó grandes desafíos, los cuales no siempre se debieron a actores ajenos, sino que tuvieron su origen en la impericia de sus propios decisores. Podemos nombrar rápidamente entre estos desafíos a las impopulares guerras e intervenciones en el extranjero, la crisis financiera del 2008 y la creciente influencia de potencias revisionistas del orden mundial occidental. En un contexto de globalización acelerada, donde los sistemas nacionales e internacionales funcionan en una sintonía cada vez mayor, esta impericia tuvo sus repercusiones en la política interna, dando como resultado una ciudadanía fragmentada, ya sea a causa de la creciente fractura social, donde se comenzó a vislumbrar una temida narrativa clasista y el deterioro de las condiciones de vida de trabajadores de cuello azul frente al avance de la transnacionalización de la economía; así como por el auge de movimientos contestatarios por derecha e izquierda al orden establecido.

El clima de época que permea la actualidad es uno de desconfianza: desconfianza en la economía, en la política, en las instituciones. Dos de los grandes perjudicados por esta desconfianza fueron los grandes partidos políticos, en específico sus élites, quienes debieron afrontar toda una serie de nuevos clivajes a partir de los cuales orientar la oferta electoral. Al interior del Partido Republicano, la elección de Donald Trump en el 2016 fue sintomática del estado de la situación: Trump propuso una administración de esta desconfianza, o bien lo que podríamos denominar como la consagración política de la insatisfacción que experimentaba (y experimenta) un sector determinado de la sociedad que viene observando el desmoronamiento de las grandes narrativas sobre las cuales se estructuran los fundamentos de la política, la vida pública y el contrato social norteamericanos: el excepcionalismo, la hegemonía, la calidad de vida, la movilidad social ascendente, el grado en que los sectores confesionales deberían incidir en la vida pública, entre otros.

Frente a estas demandas es que Trump ofreció un "estilo político espectacular" (Fraser, 2019; Busso 2020) basado tanto en la explotación de las fuerzas profundas "amenazadas" como en la interpretación de la coyuntura desfavorable que se ha descrito con anterioridad. La conceptualización del proyecto como una cuestión de "estilo" es relevante, ya que el presidente saliente utilizó su carácter disruptivo como eje para galvanizar en torno a su figura a un electorado disperso tanto en el seno del Partido Republicano, donde con anterioridad se venían expresando tendencias cada vez más conservadoras, como aquellos trabajadores desencantados con la pauperización de las condiciones de vida (que no formaban parte del voto republicano sino que en gran parte se desplazaron desde las elecciones de Obama, profundizando la sangría durante la candidatura de Hillary Clinton), a la vez que legitimó a sectores de ultra derecha, xenófobos y racistas.

Si bien el proyecto trumpista propone un carácter nostálgico (Make America Great Again), en los hechos procuró empujar a las fuerzas conservadoras de la política en base a su propia reinterpretación

28 Abogado y Procurador

del contrato social para la etapa post hegemónica de los Estados Unidos: la administración de la desconfianza. Con Donald Trump, el Estado pasa a ser la principal fuerza que impulsa el descreimiento hacia un “afuera” social – político que actúa como válvula de escape para las tensiones de una sociedad cada vez más escéptica y polarizada: los migrantes latinoamericanos, la extrema izquierda, la “ideología de género”, el multilateralismo, las organizaciones internacionales, China y “el virus chino”. Todas estas fuerzas y actores se han aprovechado de Estados Unidos hasta la llegada de Trump, quien se erige como el protector de lo “propio”, lo auténticamente estadounidense, basado en concepciones maniqueas del nacionalismo y la tradición. Sería equivocado caracterizar a esta situación como un estado proto – fascista, pero sí puede indicarse que la institucionalidad se deja en un segundo plano para operar con una lógica mucho más visceral y muchas veces reñida con los mecanismos institucionales, que algunos analistas como R. Hass (2021) califican a Trump como un “violador serial de normas”. Dicha lógica, que configura el sustrato del pacto social en la era Trump, actúa en dos frentes: hacia su base de apoyo, reivindicando posturas vinculadas al libertarianismo (como la portación de armas o la libertad de circulación frente al lockdown), lo que legitima ampliamente a sus seguidores más radicales que encuentran poca o ninguna oposición desde el Estado; y hacia el afuera, mediante la ya mencionada administración de la desconfianza.

En este contexto, la gestión de la pandemia del Covid – 19 implicó un error espectacular para una administración espectacular y permitió ver en acción varios de los principios de la política en la era Trump.

La relación de suma cero que se propuso entre la política interna y la política exterior, ya que la administración de la desconfianza se encontró en los dos ámbitos y el uno estuvo inextricablemente unido al otro: se descuidaron deliberadamente la política externa y las alianzas bajo la premisa de que lo primordial era atender al frente interno. Pero atenderlo mediante el estilo político de Trump ocasionó el “backfire”, sobreactuó su libertarianismo y la desconfianza (hacia China, la OMS, la letalidad del virus, las recomendaciones de los expertos) y no fue capaz de modificar su manera de gobernar a través de válvulas de escape o chivos expiatorios a tiempo para evitar el costo político. En ese contexto, la única gestión posible hubiera sido una administración omnicomprendensiva de los reclamos de una ciudadanía en creciente estado de movilización. Por el contrario, en el momento de la pandemia, la propuesta de Trump fue receptada pero también exacerbada recíprocamente por su base de apoyo que se continuó radicalizando, erigiéndose como un actor que progresivamente adquirió características propias y específicas al interior de su partido. En las elecciones del 2020, el establishment político intentó retrotraer la situación al statu quo anterior, y aunque parte de la élite del Partido Republicano resintió activamente de Trump, en los hechos el suyo se convirtió en el proyecto hegemónico al interior del partido (aunque esta situación se fue deteriorando gracias a la conducta del presidente luego de las elecciones, en especial tras el asalto al capitolio de sus partidarios).

Puede que ambos partidos estén en crisis si nos referimos a las ideologías o identidades partidarias otrora dominantes, surgiendo en su interior corrientes nuevas o agendas más radicalizadas. Sin embargo, el sistema institucional y partidario fue efectivo para encorsetar estas discusiones y hacer que necesariamente se dirimieran al interior de las dos grandes formaciones: republicanos y demócratas. Incluso ante los desafortunados hechos del 6 de enero la condena fue inmediata, vigorosa y transversal a ambos partidos. En un contexto de crisis política, los partidos respondieron, pero no por ello se debe perder de vista que la situación actual fue precedida por una crisis de partidos que la habilitó, y más específicamente de las élites dominantes en dichas formaciones, quienes representan clivajes que de hace unos años a esta parte han sido reemplazados. Las nuevas demandas encontraron voceros (como hemos visto en el caso de Trump, incluso convirtiéndose en la narrativa dominante al interior de los Republicanos), pero hay condicionantes estructurales que son tanto o más importantes para la configuración de la oferta electoral que la identificación o la confianza de los electores en sus

candidatos. Al interior del Partido Demócrata, esta pugna entre lo posible y lo deseable, si tomamos el argumento de la izquierda según Iber (2019), que los votantes demócratas son más progresistas que sus representantes, terminó por decantar en el triunfo de Biden frente a Sanders, lo cual requirió de la unificación de todo el establishment y los candidatos centristas detrás de su candidatura. En este punto, lo destacable es como ciertas cuestiones de la agenda progresista comenzaron a permear entre las prioridades del centro como el Green New Deal, o la política económica expansiva para contrarrestar la recesión ocasionada por la pandemia. Queda por ver si el influjo excepcional de la pandemia, así como el empuje de los movimientos sociales es capaz de generar un diálogo entre el cada vez más amplio arco que se aloja en el interior del Partido Demócrata. Aunque en tanto “lo nuevo no termine por nacer”, el riesgo de una profundización en la anomia intrapartidaria es real.

A fin de cuentas, gran parte de los nuevos movimientos sociales reflejaron en modo opuesto algunos de los clivajes que estructuran la base de apoyo de Trump (localización demográfica y geográfica, edad, raza, género), en lo cual también corren el riesgo de superponerse con los “liberales” que no tienen problemas con la agenda progresista pero sí con la distribucionista. Las internas demócratas dejaron en claro que el principal debate para estos nuevos actores es qué táctica adoptar frente al corset institucional, ante la posibilidad cierta de seguir compitiendo con el establishment en forma despareja y con menos recursos corriendo el riesgo de ser derrotados crónicamente y “normalizados” (tal y como fue la crítica de los DSA - Demócratas Socialistas para desmarcarse de la candidatura de Biden) mientras que el Partido no se desprege de su orientación neoliberal – progresista aún vigente, aunque con la posibilidad de influenciar en la agenda y evitar la aventura de un tercer partido con pocas chances.

¿Es posible para estos nuevos actores como los movimientos socialistas abrir cauces de representación? es indudable que han tenido influencia en el sentido de encarnar debates y propuestas prácticamente inexistentes en Estados Unidos que anteriormente hubieran sido ampliamente vilipendiadas, por no mencionar el caudal de la movilización callejera y la interpelación entre jóvenes y desencantados por la política tradicional; pero la cuestión se vuelve más compleja si analizamos la manera en que estos cauces se materializan en el juego político –institucional y los obstáculos que se encuentran en este punto (calado generacional, alcance geográfico y demográfico, cobertura mediática, financiación, la existencia de élites establecidas y reaccionarias). Esta dinámica requiere para tener éxito una forma de interpelar al electorado moderado al interior de los demócratas, algo que no parece estar en los cálculos de la izquierda, máxime en cuanto algunos de los sectores más radicalizados han elegido segregarse del partido antes que apoyar a Biden o bien optar por tácticas comunicacionales que resultan irritantes para el resto de los votantes (como los denominados “Bernie Bros”). Y en aras de evitar la confusión, es preciso aclarar la diferencia entre movimientos sociales y movimientos socialistas: en plena época de convulsión racial, uno de los puntos débiles de la campaña de Sanders fue conseguir el voto de la comunidad afroamericana, que venía protagonizando uno de los movimientos sociales más vigorosos de los últimos tiempos, pero a la hora de acudir a las urnas eligió mayoritariamente a Joe Biden y continuó gravitando hacia el liderazgo de Barack Obama (Karp, 2020).

En un contexto tan convulsionado, podría decirse que varios de los incentivos para los movimientos de izquierda para incidir con mayor asertividad en la esfera pública no fueron brindados por el Partido Demócrata si no por el propio Trump y su base de apoyo. Ambos constituyen fenómenos contemporáneos que, en lo profundo, están íntimamente relacionados: ambos son producto de un descontento generalizado de los desaventajados ante las transformaciones de la sociedad, la economía y la política norteamericana del siglo XXI. Trump les dió visibilidad señalando como parte de la izquierda a grandes sectores que no necesariamente levantaban las reivindicaciones de los socialistas o los social demócratas (al menos no en su totalidad), dándoles de esta forma una representación efectiva de colectivos

desaventajados que encontraron en el seno del propio Estado al contrincante, un Estado que abiertamente desconfía, ataca y segrega, a medida que se radicaliza en torno a posturas ultraconservadoras frente a las cuales ciertas cuestiones como el uso de mascarillas comenzaron a parecer, lejos de una agenda radical, cuestiones de sentido común. Pero esto también funcionó para amalgamar a los Demócratas en contraposición de una antítesis mucho mayor que el clivaje socialdemócrata – capitalista que potencialmente divide a los socialistas de los liberales, brindando una motivación para la “normalización” de los socialistas al interior del partido a fines de derrotar a Trump, lo que en los hechos terminó sucediendo.

Es improbable que Biden recepte abiertamente la agenda de los socialistas, sin embargo, en tanto no se aboque a reformar en profundidad o atacar las causas que provocaron el surgimiento de estos movimientos que pusieron en jaque al sistema partidario, es posible que termine por fortalecerlos, en tanto las bases de apoyo de Trump y Sanders continuarán activas y movilizadas. Sin embargo, Biden cuenta con una oportunidad excepcional y esta es la persistencia de la pandemia del Covid – 19. En esta ocasión, medidas excepcionales para el ideario neoliberal (ya sea progresista o conservador) no sólo son aceptadas, sino que resultan urgentes. Biden puede reconstituir la confianza en el sistema partidario, la cuestión es si esto será suficiente para reunir la voluntad y el capital político necesario para llevar adelante estas reformas. Para esto se requerirá traer a la discusión a grandes actores de la política que normalmente no están sujetos al juego de la democracia y los partidos.

Bibliografía

- Davis, M. (2017) “The Great God Trump and the White Working Class”. Catalyst. Vol 1 N°1.
<https://catalyst-journal.com/vol1/no1/great-god-trump-davis>
- Haas, R. (2020) “Foreign Policy By Example. Crisis at Home Makes the United States Vulnerable Abroad”, Foreign Affairs, 5 de junio de 2020
- Karp, M. (2020) “Bernie Sanders’s Five-Year War”. Jacobin. Disponible en <https://jacobin-mag.com/2020/08/bernie-sanders-five-year-war>